Lorella Castorena Davis

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; profesora-investigadora titular de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, Área Interdisciplinaria de Ciencias Sociales y Humanidades; profesora titular de la Maestría en Administración y Políticas Públicas de la AICSH de la UABCS. Es autora de los libros: *Palabras e imágenes de la ciudad y puerto de La Paz*, COBACH, La Paz, Baja California Sur, 2000; *Sudcalifornia: el rostro de la insularidad. Reflexiones en torno al proceso de construcción de la identidad regional*, Gobierno del Estado de Baja California Sur/UABCS, La Paz, 2002. Entre sus artículos destacan: "Literatura de Mujeres, mujeres en la literatura", *Alternativa*, revista mensual, núm. 1, tercera época, junio de 1991, La Paz, B.C.S., México; y "Una aproximación a los estudios de la cultura en América Latina", *Estudios Latinoamericanos*, nueva época, año IV, núm. 8, julio-diciembre de 1997.

Resumen

El objetivo central de este trabajo es realizar un análisis de lo que llamo poesía insular, a partir de dos casos ejemplares: Nicolás Guillén en Cuba y Luis Palés Matos en Puerto Rico. Del vasto y complejo universo de etnias, lenguas, religiones y culturas que constituyen el Caribe, recurriré sólo a estos dos poetas para elaborar una interpretación acerca de las representaciones del complejo insular afroantillano desde la profundidad del mestizaje y la negritud.

Palabras clave:

Poesía insular, insularidad, Antillas, Caribe, identidad insular.

Abstract

This article proposes an analysis of what I call Insular Poetry. Two exemplary cases are discussed: Nicolás Guillén of Cuba and Luis Palés Matos of Puerto Rico. From the vast and complex universe of ethnic groups, languages, religions and cultures which compose the Caribbean, I study only these two poets to draw an interpretation of afroantillean imaginary, from the deep experience of blackness and racial mixing.

Key words:

Insular poetry, insularity, Antilles, Caribbean, insular identity.

Fecha de recepción:

septiembre de 2001

Fecha de aceptación:

agosto de 2002

La insularidad antillana en la poesía de Nicolás Guillén y Luis Palés Matos

Lorella Castorena Davis

DE LA ANTILLIA AL CARIBE

En el Caribe, a los elementos originales de las creencias primarias y concepciones mágicas anteriores al descubrimiento se sumó la profusa variedad de culturas que confluyeron en los años siguientes en un sincretismo mágico cuyo interés artístico y cuya propia fecundidad artística son inagotables. La contribución africana fue forzada e indignante, pero afortunada. En esa encrucijada del mundo, se forjó un sentido de libertad sin término, una realidad sin Dios ni ley, donde cada quien sintió que le era posible hacer lo que quería sin límites de ninguna clase: y los bandoleros amanecían convertidos en reyes, los prófugos en almirantes, las prostitutas en gobernadoras. Y también lo contrario.

Gabriel García Márquez¹

Referirse al Caribe como una región resulta una tarea harto difícil cuando nos enfrentamos a la enorme diversidad histórica, lingüística, social y cultural que lo caracteriza. Las islas que conforman al archipiélago caribeño fueron por primera vez representadas por los europeos en vísperas del renacimiento como la *Antillia*, una de las

tantas formas que asumió la cartografía fantástica de la época y que Toscanelli identificara con la Isla de las Siete Ciudades que apareció por primera vez registrada en el Atlas veneciano de Andrés Bianco en 1436:

Hay muchas opiniones acerca de qué islas eran éstas: según Formaleoni eran las Caribes, descubiertas mucho antes del viaje de Colón; Hassel, a su vez, afirma que son las dos partes del continente americano; para Zurla, la forma rectangular de la Antilla parece evocar la Atlántida de Platón; Américo Vespucio la identifica con La Española [...] Lo cierto es que tanto ella como la Man Satanaxia son recogidas en casi todos los mapas medievales. El origen del mito viene, quizá, de un hecho real, la huida de la península ibérica invadida por los árabes, como en el mito de las Siete Ciudades, y de una tradición fantasiosa, que traslada a una isla ficticia el refugio hallado.²

Las Antillas deben su nombre a Pedro Mártir de Anglería, quien al representarlas consideró la existencia de una sola isla fabulosa llamada *Antiglia* o *Antillia*, ubicada en su cartografía imaginaria de 1367, entre Lisboa y Japón.

¹ García Márquez, "Fantasía", 1995, pp. 177-178.

² Fernández Herrero, *Utopía*, 1994, p. 53.

Admitida la idea pitagórica de la esfericidad de la tierra, España se arriesgó a explorar el Atlántico, para sobreponerse a las ventajas adquiridas por sus vecinos los portugueses en la búsqueda de nuevas rutas al Asia, es decir, llegar a Oriente por Occidente. Colón, al mismo tiempo que estaba convencido de la esfericidad de la tierra, era presa de su propio imaginario medieval, teñido por la gran cantidad de relatos y leyendas que circulaban en la Europa "del descubrimiento". Unas se debían a los antiguos viajeros y comerciantes, pero muchas otras estaban inscritas en las más remotas búsquedas del origen de la civilización occidental. Relatos de viajeros y comerciantes, mitos de origen anclados en las profundidades de Occidente, fueron creando a lo largo de varios siglos, el imaginario europeo sobre la hipotética existencia de otras tierras occidentales situadas en algún lugar del gran océano.

El origen de este imaginario se encuentra quizá en el mito platónico de la Atlántida, ese imperio legendario devorado por el mar y que constituyó una de las primeras interpretaciones creadas en Occidente acerca de la mítica existencia del paraíso perdido, el lugar de realización de la edad de oro, categoría proveniente de la antigüedad a través de la cual se representó uno de los estadios simbólicos de la humanidad. Esta representación apareció por primera vez en versión escrita, en algunos textos que datan de los tiempos de Hesíodo, en los cuales se aludía a la existencia feliz de una sociedad en la que los hombres vivían muchos años, desconocían de penalidades y privaciones, que no requerían de trabajo ni leyes para subsistir y organizarse socialmente. Desde la perspectiva del análisis simbólico, la

búsqueda del paraíso perdido se convirtió en una posibilidad para el hombre europeo cuando la aventura colombina puso ante sus ojos el nuevo mundo, ese que dio vida al imaginario utópico de la América recién descubierta.

Colón, al fin y al cabo hombre de su tiempo, formaba parte de una mentalidad colectiva en la cual los límites divisorios entre el medievo y el renacimiento no eran todavía muy precisos. Colón fue tras la promesa de un futuro enriquecido por ensanchado. Pero en el escudriñamiento del horizonte duda y cree también en la vuelta al tiempo originario, ese que aparece representado en las islas recién avistadas que comenzaron señalando un camino hacia el paraíso terrenal:

[...] Colón no sólo cree en el dogma cristiano: también cree (y no es el único en su época) en los cíclopes y en las sirenas, en las amazonas y en los hombres con cola, y su creencia, que por lo tanto es tan fuerte como la de san Pedro, le permite encontrarlos. "Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros" (Diario, 4.11.1492). "El día pasado, cuando el almirante iba al río de Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara" (9.1.1493). "Ellas [las mujeres del lugar] no usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de alambre de que tienen mucho" (Carta a Santángel, febrero-marzo de 1493). [...] Ciertamente es que la más notable de las creencias de Colón es de origen cristiano: se refiere al paraíso terrenal. Leyó en la *Imago Mundi* de Pedro de Ailly que el paraíso terrenal debía encontrarse en una región tem-

plada más allá del Ecuador. No encuentra nada durante su primera visita al Caribe, lo cual no es de asombrar; pero ya de regreso, en las Azores, declara: "El paraíso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperantísimo; así que aquestas tierras que agora él ha descubierto, dice él, es el fin de Oriente" (21.2.1493). El tema se vuelve obsesivo durante el tercer viaje, cuando Colón se acerca más al Ecuador. Primero cree percibir una irregularidad en la redondez de la tierra: "Fallé que [el mundo] no era redondo en la forma en que escriben, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte deste pezón se la más alta e más propinca al cielo, y sea debajo la línea equinoccial, y en esta mar oceana, en el fin de Oriente" (Carta a los reyes, 31.8.1498). Esa elevación (un pezón sobre una pera!) se convierte en un argumento más para afirmar que ahí se encuentra el paraíso terrenal "Creo que allí es el paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina..."³

El paraíso terrenal no era sólo una promesa plasmada en las leyendas medievales que mezclaban la guerra y la conquista, con las desmesuradas aventuras de errantes caballeros y valerosos soldados al servicio de Cristo. La literatura, la ficción,⁴

³ Todorov, *Conquista*, 1987, pp. 24-25.

⁴ Tomaré como ficción, lo que Marc Augé entiende en su texto "Imaginario", 2000: "La ficción, desde un punto de vista antropológico, es interesante por tres razones: por sus relaciones con la imaginación individual que la concibe o que la recibe; por sus relaciones con el imaginario colectivo que puede utilizar y contribuye también a enriquecer y a modificar; finalmente, con respecto a las relaciones que mantiene

entendida como imaginario, recreó mitos⁵ y los convirtió en sagas, siguió los pasos del imperio y en manos de los conquistadores emprendió el viaje hacia Oriente desde Occidente. Y la idea estaba ya en Colón. Si en algún lado se encontraba el paraíso terrenal, ése era el continente recién abierto a los ojos de los que llegaron todavía no despojados de los velos míticos que dieron vida al otro mundo. La invención creció y junto con ella los confines. Muy pronto, la frontera impuesta por el continente exigió nuevas búsquedas, huellas que condujeran hacia el paraíso de los hombres en la tierra.

El hombre renacentista inventó el otro paraíso y a contrapelo con la religión lo trasladó del cielo a la tierra. En algún punto de la circunnavegación entre Occidente y Occidente, en ese periplo derivado de la esfericidad puesta a prueba, estaba Oriente, la promesa del retorno enriquecido. Poco a poco las islas refugio se convirtieron en huellas que guiaron a territorios más promisorios y seguros.

Las construcciones míticas en torno a las islas estuvieron presentes en el con-

con el exterior, pero que no obstante está ligada de una u otra manera: la historia, la psicología, lo social, lo religioso [...] Recordemos la fórmula de C. Metz en su libro *Signifiant, imaginaire* (Burgois, 3a. ed., París, 1977): 'Ante todo la ficción no es solamente la capacidad de inventar una ficción; es la existencia, históricamente constituida, y mucho más generalizada, de un régimen de funcionamiento psíquico socialmente reglamentado, que llamamos justamente ficción.' O sea que el régimen de ficción, si se puede utilizar esta expresión sintética, tiene consecuencias institucionales, sociales y prácticas de todo orden."

⁵ Del mismo autor, he tomado la idea de que el imaginario colectivo se sitúa en el mito y el imaginario como ficción, es decir como creación, en la literatura.

Rafael Ferrer, *A litograph from the Island's Tale series 1974.*

texto del descubrimiento, encuentro o conquista con América y constituyeron la puerta de entrada a la invención de América. Islas huella que desde los mares cercanos al horizonte del nuevo mundo, obligaron a los recién llegados a sobreponerse a la fragilidad insular para aventurarse en la conquista de otros mundos, que por nuevos, fueron representados como diferentes de todo cuanto se había visto hasta entonces. Islas huella, puntos de escala y aprovisionamiento, puertas de entrada al extremo Occidente. Más de 50 islas reunidas en un archipiélago compuesto por grandes y pequeñas, mayores o menores Antillas, representaron el punto de llegada, la puesta del pie en América por todas las naciones europeas empeñadas en la novedosa y fabulosa expansión del viejo continente sobre el nuevo e inmenso territorio americano. Territorios de llegada, pronto vueltos tierras de paso, las islas antillanas tardaron mucho en consolidarse como entidades susceptibles de ser interpretadas desde el punto de vista de la unidad regional. Fragmentación, inestabilidad, aislamiento, desarraigo y heterogeneidad cultural, son sólo algunas de las dificultades y los obstáculos inherentes a la definición de la Antillas y del Caribe como una región sociocultural.⁶

⁶ Por región sociocultural, entiendo lo que Gilberto Giménez ha desarrollado en su teoría de la región y la identidad regional. La región definida *a priori*, no existe, se trata de un constructo que nos remite a una construcción política por un lado y, por otro, a una construcción histórico-cultural. Acercarse a la idea de región sociocultural requiere, en primer lugar, del reconocimiento de que ésta nace de la historia, es decir de un pasado vivido en común por una colectividad asentada en una porción de territorio:

De orígenes coloniales diversos, en el archipiélago antillano conviven en el imaginario colectivo lenguas y especificidades culturales distintas. La invención caribeña resulta de esta dificultad. La invención del Caribe como un campo dinámico del conocimiento regional latinoamericano ha explorado algunas vías para determinar la existencia de un complejo insular y continental dominado por la continuidad y la interrupción. En este trabajo exploraré sólo una parte del complejo insular —Cuba y Puerto Rico—, quizá la más cercana a la definición de región sociocultural de todo el espectro caribeño. Las Antillas, islas al fin y al cabo, no representan por sí mismas al Caribe, pero si constituyen un punto de partida en la búsqueda de la antillanía, es decir, de la identidad insular.

La extinción de las poblaciones indígenas originales se ubica en el inicio de la construcción de las Antillas como una región en la que se albergaron los viejos y nuevos intereses expansionistas de españoles, británicos, franceses, holandeses, daneses y estadounidenses, que dieron lugar a la moderna fragmentación cultural de un territorio que por insular, es ya de por sí fragmentado.

La imposición de los regímenes coloniales, trajo como consecuencia la casi total extinción de los habitantes originarios

“Durante varias generaciones, los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes, de aquí el surgimiento de un estilo de vida peculiar y, a veces, de una voluntad de vivir colectiva que confiere su identidad a la colectividad considerada.” Giménez, *Apuntes*, 1994, p. 165.

de las islas y su paulatina sustitución por hombres y mujeres que, desarraigados de las diferentes regiones africanas, llegaron a América convertidos en esclavos. Pero no sólo llegaron los esclavos negros, también llegaron mestizos continentales e inmigrantes de origen asiático, que se sumaron a un repoblamiento insular dominado por las minorías blancas de origen europeo primero, y estadounidense después, que se impusieron sobre una población mayoritariamente desarraigada de sus respectivas raíces históricas, sociales y culturales.

Colonialismo, mestizaje y esclavismo, no pueden ser separados del proceso de construcción de lo que el cubano Leví Marrero llamó la "sinfonía antillana". Estos elementos constituyen, junto a la fragmentación insular, la inestabilidad, el aislamiento, el desarraigo y la heterogeneidad cultural, un principio sobre el cual se han vertido muchas ideas en torno a la antillanía, es decir, en torno a la posibilidad de reflexionar acerca de la identidad insular.

Antonio S. Pedreira, quizá uno de los primeros autores de la región en reflexionar acerca de las especificidades del ser insular, lo dice muy bien en su texto *Insularismo* cuando se refiere a Puerto Rico, su isla natal:

[...] téngase en cuenta que si es difícil definir a un solo hombre, por las múltiples facetas que entran en su personalidad, es mucho más difícil definir a un pueblo. La dificultad sube de un punto cuando se intenta, como en este caso, definir un conjunto de seres que todavía no ha podido delinear a gusto su vida colectiva.⁷

⁷ Pedreira, *Insularismo*, 1968, p. 36.

Delinear a gusto la vida colectiva significa el ingreso a la creación de un orden imaginativo propio fuertemente anclado en la vida insular cuyas raíces se encuentran en las particularidades de una historia que comenzó en ese cruce de caminos, de encuentros y desencantos producidos por la extinción de los pobladores originales, el colonialismo y la esclavitud. Esta heterogeneidad que asombra y dificulta las definiciones, fue abordada magistralmente cuando escribió: "De esta *fusión* parte nuestra *con-fusión*".

Si asumimos como válido que, entre 1518 y 1873, 10 000 000 de africanos fueron convertidos en esclavos y que la mitad de éstos acabaron en las Antillas,⁸ tendríamos que asumir también, que la negritud y el mestizaje derivado de los muchos orígenes africanos, europeos, americanos y asiáticos fueron los que dieron vida a las culturas insulares del Caribe. Así, en plural. No podría ser de una manera distinta. Son muchos los mundos que se reúnen bajo la noción de "sexto continente" implícita en la invención del Caribe.

Antillia, la mítica isla, desgranada geográfica, histórica, social y económicamente en islas mayores y menores constituye desde entonces un complejo universo cultural, cuyo marco geográfico esencial es el mar Caribe, ese mar tantas veces comparado con el Mediterráneo, en el que habitan tanto las islas como las costas continentales de los países vecinos. Reflexionar acerca de esta región geográfica sin incurrir en imprecisiones es casi imposible.

Cómo borrar las diferencias de sistemas políticos, estatutos coloniales, lenguas

⁸ Véase Benítez, *Antillas*, 1976.

y culturas sin caer en la unidad ilusoria de un archipiélago sumergido en sus propias contradicciones. Las regiones que conforman el vasto continente latinoamericano, han contribuido no sólo y en tanto que unidades menores, a la construcción de unidades mayores como la nación, sino que han formado parte de ese imaginario colectivo que ha dado vida a unidades todavía mayores y más complejas como América Latina y el Caribe.

Las pretensiones unitarias que dieron vida al imaginario continental latinoamericano y al insular caribeño, provienen en su mayoría de la herencia legada por el humanismo y el romanticismo europeo. Teorías, corrientes y explicaciones que se han construido a partir de las independencias nacionales, cuyo conjunto es difícil de precisar, sobre todo tratándose del Caribe, en el que la reducida dimensión territorial impide que las diferencias se dilaten, como ocurre en la inmensidad territorial del continente; forman parte de categorías de análisis que han permitido sostener con bastante éxito el campo de los estudios del Caribe.

Sin embargo, a pesar de las ventajas teóricas, políticas, culturales y estratégicas de pensar en términos unitarios en el Caribe, no se debe olvidar que la unidad, aún cuando aparece como una categoría de análisis necesaria para pensarnos y repensarnos desde adentro frente a los viejos y nuevos embates del colonialismo, es ella misma resultado de la necesidad impuesta por el imaginario romántico europeo que, como dijera Braudel, se empeñó en comprometerse con un mismo destino

de conjunto por la religión, el pensamiento racionalista, la evolución de la ciencia y de la técnica, la búsqueda de la revolución y

de la justicia social, y las realizaciones imperiales. Pero en todo momento, es fácil sobrepasar esta "armonía" de conjunto y topar con las diversidades nacionales subyacentes.⁹

Herederos de las representaciones unitarias y, por lo tanto, de las interpretaciones que nos obligan a sostener un paradigma interpretativo en tanto que regiones "unidas" capaces de sobreponerse a la dominación colonial, hemos olvidado bajo los revolucionarios ideales románticos, que nuestras regiones se han construido social y culturalmente a contrapelo de la homogeneidad, esa que apareció como realidad en un contexto que una y otra vez negó y excluyó los rastros de la heterogeneidad en la región.

Geográfica y culturalmente, las islas antillanas se organizan sobre el mar Caribe en islas mayores y menores. Dada la gran diversidad que subyace a esta distribución, partiré del reconocimiento de que los esfuerzos en la búsqueda de la antillanía, entendida como categoría identitaria de las islas del Caribe, se originó fundamentalmente en Cuba y Puerto Rico.¹⁰ Quizá y debido a un largo, lento

⁹ Braudel, *Civilizaciones*, 1975, p. 337.

¹⁰ La otra isla mayor, llamada originariamente La Española, dividida en su interior en dos naciones de matrices coloniales distintas (Haití, Francia y República Dominicana, España) ha sufrido a lo largo de su historia una serie de complicaciones que surgen de la búsqueda por la hegemonía territorial, política y cultural de un territorio insular que difícilmente puede ser apreciado de manera unitaria y que ha transitado con enormes dificultades por el proceso de construcción de sus estados nacionales. Dado que el texto se propone la búsqueda de la insularidad en la poesía de Guillén y Palés, me centraré exclusivamen-

y complejo proceso de constitución regional, sea posible encontrar las irradiaciones de esta búsqueda en las demás islas. Sin embargo, esa es una tarea que excede los límites de este ensayo, cuya pretensión es delinear parte del proceso de constitución del orden imaginativo insular antillano a través de las creaciones poéticas de Luis Palés Matos y Nicolás Guillén, poetas antillanos mayores.

INSULARIDAD

Las islas son porciones de tierra rodeadas de mar por todas partes. Carecen de la continuidad territorial que da la impresión de estar con los pies bien puestos sobre la tierra. Quizá por ello, las sociedades insulares más constituidas han buscado en ultramar y por medio de la conquista, sobreponerse al mar prisión para buscar lo que Pearl S. Buck llamó "la buena tierra", refiriéndose a la inmensidad continental de China en contraposición a la fragilidad insular del archipiélago japonés. En las islas, el mar es el horizonte interminable, y los pueblos que habitan en ellas son pueblos del mar. La vida en

te en las representaciones poéticas insulares de estos dos creadores y, por lo tanto, en sus islas de origen. No ignoro de ninguna manera, que las formas asumidas por los estados nacionales antillanos, han sido muy complejas y que incluso están todavía en proceso de constitución y definición. Puerto Rico mismo parece haber abandonado toda pretensión nacional y Cuba, sumergida en una compleja triple insularidad, como la definiera acertadamente Gonzalo Celorio, se debate desde dentro y desde el exilio, en la definición de su presente y su futuro. Entiendo que este debate es necesario, pero también asumo que no podría abordarlo en este artículo.

las islas se mece en la inmensa soledad del mar infinito y salado. El agua del mar no es como el agua de los ríos y los arroyos que huelen a menta según Bachelard, a la fresca menta de las aguas que corren dulces por el *Vallage* de su Champaña ondulada.

El agua de mar es infinita, salada y no huele ni a rosas, ni a campo verde, ni a menta. El mar huele a zargazo. Los grandes valles marinos se abren voraces entre las islas. Entre las islas siempre solas y el mar, sólo quedan a veces unos grandes ojos abiertos que al atisbar en el horizonte aparecen como lo único nuevo entre ellas y el mar infinito. El mar prisión. El mar que convierte la vida insular en "La maldita circunstancia del agua por todas partes", como escribió el cubano Virgilio Piñera en su poema "La isla en peso".¹¹ Los puertos y sus muelles hieden, y al hedor del puerto, como a la isla, hay que acostumbrarse:

Si no pensara que el agua me rodea como
un cáncer
hubiera podido dormir a pierna suelta.¹²

La insularidad, es decir, ese imaginario mítico literario que nos refiere a la identidad de las tierras y los habitantes insulares y cuyo tópico central gira en torno a la isla, es una forma de regionalismo literario, y como tal, fue representado en

¹¹ Virgilio Piñera nació en Cárdenas, Cuba, en 1912, y murió en La Habana en 1979, acusado de estar poco comprometido con la revolución y por homosexual. Más conocido por su narrativa y su teatro, y por su participación en la traducción argentina del *Ferdynurke* de Gombrowicz, Piñera se consideró a sí mismo un poeta ocasional.

¹² Piñera, *Isla*, 2000, pp. 18-21.

Insularismo, el texto ya mencionado del puertorriqueño Antonio S. Pedreira.

En el contexto de la búsqueda de lo antillano, *Insularismo* aparece como texto fundador del proceso de construcción de un orden imaginativo propio construido desde la insularidad, entendida como categoría identitaria elaborada desde la cultura. Pedreira entiende la cultura como

[...] el repertorio de condiciones que dan tono a los sucesos, y cauces a la vida de los pueblos: esa peculiar reacción ante las cosas —maneras de entender y de crear— que diferencia en grupos nacionales a la humanidad [...]. Más que adelanto es intensidad vital.¹³

El texto de Pedreira representa, a mi juicio, uno de los primeros esfuerzos sistemáticos que delinearon una noción de identidad insular en tanto que representación de un espacio de cruzamientos culturales de diversos orígenes, que hacen de Puerto Rico una de las regiones matriz del universo cultural antillano:

No ya por nuestras propias tareas psicológicas y políticas sino también por nuestra posición geográfica, vivimos en permanente angustia aguardando en los meses de verano las tormentas destructoras y en cualquier época los indeseables terremotos. Temblores y temporales nos sorprenden con su desolación y vivimos en perpetuo acecho de cataclismos geográficos inevitables. [...] El clima nos derribe la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros. El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo también, nos descompone. [...] En proporción a su tamaño se desarrolla su riqueza, y por lo tanto su cultura. Siendo geográfica-

mente el centro de las dos Américas, su falta de volumen, su carencia de puertos y de comercio en grande la convierten en un rincón. Como centro comprimido no servimos más que para la estrategia y para hacer escala; y esto tan de tarde en tarde y con tanta rapidez que el resultado no vuelca en el ambiente colaboraciones determinantes. [...] Llevamos encima la tarea de la dimensión territorial. No somos continentales, ni siquiera antillanos: somos simplemente insulares que es como decir insulados en casa estrecha. Encogidos por la tierra, tiene nuestro gesto ante el mundo las mismas dimensiones que nuestra geografía.¹⁴

Cuando Pedreira publicó *Insularismo* en el año de 1934, tanto Luis Palés Matos como Nicolás Guillén¹⁵ eran jóvenes poetas que comenzaban a ser reconocidos en sus respectivas patrias. Pedreira no se refiere a Guillén porque escribe sobre la literatura en Puerto Rico, y dedica a Palés, junto a Evaristo Ribera y Luis Lloréns To-

¹⁴ *Ibid.*, pp. 43-44.

¹⁵ Existen muchas reseñas biográficas de Nicolás Guillén, remito a la biografía contenida en el *Diccionario de la literatura cubana*. En el caso de Luis Palés Matos, aparecieron publicados varios artículos en los diarios mexicanos, en particular en *La Jornada Semanal*, del 19 de abril de 1998, con motivo del homenaje que se realizara al poeta en la Feria Internacional del Libro de Jalisco, del año de 1997. En esta ocasión, Edgardo Rodríguez Juliá, novelista y ensayista de Puerto Rico que se ha dedicado a la reflexión sobre los sueños y las pesadillas de la realidad puertorriqueña, escribió sobre Palés en su artículo "Utopía y nostalgia en Palés Matos". Y Hugo Gutiérrez Vega, escritor de poesía y de ensayo, periodista, actor, cocinero y viajante también nativo de la isla, se asomó en "Luis Palés Matos y el Caribe", al mundo negro antillano redescubierto por la lírica de Luis Palés Matos.

¹³ Pedreira, *Insularismo*, 1968, p. 24.

José Campeche, *Portrait of governor Ustariz*, c. 1792.

rres unas palabras que se refieren a lo novedoso de sus creaciones poéticas y los considera dentro de la poesía insular, representantes de un movimiento cuya conciencia artística e innovación, los convierten en representantes de una generación que apuntala la creación literaria original de Puerto Rico. Pedreira reconoce el relativo atraso de las letras puertorriqueñas frente a la madurez creativa de las letras cubanas cuando escribe acerca de lo ocurrido en el ámbito cultural de la isla en los siglos anteriores:

Desde el punto de vista del alarde artístico, esos tres siglos constituyen un desesperante desierto cultural y coinciden con el rumbo precario que llevó nuestra historia según verá el lector más adelante. Todo nos llegó mermado y retrasado; la imprenta, los periódicos, el comercio de libros, las bibliotecas, las instituciones de enseñanza superior, la apetencia por la lectura, la prosa con fines estéticos, en fin la literatura con todos sus elementos condicionantes son obra exclusiva de nuestro siglo XIX. Cuando aún no habíamos emprendido el camino de las letras, Cuba contaba ya con algunos clásicos. El aislamiento y la falta de iniciativas nos condenan a recibir los cambios literarios del mundo con lamentable retraso.¹⁶

Las dificultades inherentes a la construcción de la nacionalidad como elemento indispensable para la definición de la identidad insular, se expresaron en un texto anterior al de Pedreira, en una sola frase. Me refiero a un texto de Eugenio María Hostos escrito en los años setenta del siglo XIX en una crónica de viaje titulada *Mi viaje al sur*, en la que el autor define

con gran precisión el ambiente intelectual de los inventores de la antillanía a mediados del siglo XIX: “yo no tengo nacionalidad, estoy creándola”.

La distancia en tiempo entre el texto de Hostos y el de Pedreira, indica que la invención de la nacionalidad pasó en las Antillas por la invención del imaginario antillano, creando así una tradición en la cual es posible insertar los ensayos de otros intelectuales como el cubano Leví Marrero y los puertorriqueños Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco. La vida insular o “la maldita circunstancia del agua por todas partes”, dio vida a una de las más ricas expresiones de lo que Gonzalo Celorio llama, refiriéndose a la literatura cubana del exilio contemporáneo, la triple insularidad: la geográfica, la política y la literaria.¹⁷ Este trabajo inicial no pretende realizar una revisión exhaustiva desde la insularidad literaria en Cuba y Puerto Rico, tarea que sin duda es necesaria pero que requiere de un análisis más amplio.

Pretende, como ya dije anteriormente, delinear de manera muy general la insularidad implícita en la obra poética de Palés y Guillén. Sin embargo, esta propuesta no se sostiene si no es acudiendo, aunque sea de manera general y somera, a una revisión de lo que considero que son algunas de las principales fuentes en el proceso de construcción de la insularidad como una categoría que permite adentrarse al complejo universo identitario antillano, en el que Cuba y Puerto Rico jugaron un papel fundamental.

La construcción de la nación y con ella, de los referentes simbólicos que permiten signar el nacimiento de una litera-

¹⁶ Pedreira, *Insularismo*, 1968, p. 49.

¹⁷ Gonzalo Celorio, “La triple insularidad”, *La Jornada*, 2 de agosto de 1998, México.

Bahía de las Gonyaves.

tura nacional, constituye una de las vías probables de acceso al proceso de reconstrucción del universo literario insular caribeño. El cubano Francisco Morán, en un artículo publicado en *La Habana Elegante*,¹⁸ nos introduce a la necesaria reflexión en torno a la búsqueda de la cubanidad implícita en los textos de Julián del Casal y José Martí. He considerado útil para la exposición recurrir a este ensayo en cuanto que no encontré en la literatura cubana a la que tuve acceso, un texto semejante al de Pedreira que fuera

¹⁸ El artículo de Morán fue publicado en la versión electrónica de la revista *La Habana Elegante*, cuyo primer número apareció publicado en La Habana el 4 de agosto de 1883. En el editorial de la versión electrónica aparece una breve reflexión acerca del significado que la revista tuvo en el ambiente intelectual y literario de la Cuba de finales del siglo XIX. A más de cien años de su desaparición, es posible consultar los números completos de la revista en formato electrónico, en línea <http://www.habanaelegante.com>

elaborado desde la insularidad y que coincidiera en el tiempo, con las creaciones poéticas de Palés y Guillén.

En las letras cubanas y como bien dice el propio Pedreira, se percibe un desarrollo mucho más maduro que en Puerto Rico, proveniente de las particularidades históricas de Cuba, pero igualmente definido por su cualidad insular. Las referencias que una y otra vez me dirigieron a Julián del Casal y a José Martí me permitieron adentrarme sin profundizar en los textos originales, en el universo poético y ensayístico de estos dos autores que incursionaron en el ejercicio de delinear la cubanidad, es decir, la categoría identitaria que desde la literatura propusieron ambos en la Cuba de finales del siglo XIX.

Dos revistas de la época desempeñaron un papel fundamental en este proceso: *La Habana Elegante* y *Patria*. Casal escribe desde la primera y Martí desde la segunda. Morán afirma en su ensayo que el trabajo poético de ambos autores se diferen-

cia del resto de los escritores modernistas de la naciente América Latina por el hecho de que ambos están tras la definición de la cubanidad. Para Morán la reflexión en torno a la búsqueda de la identidad cubana no puede hacerse si no se toma en consideración el exilio cubano, que

[...] había alcanzado proporciones considerables a fines del siglo XIX, de ahí que resulte simbólico el hecho de que dos de las figuras mayores del primer momento modernista fuesen cubanos separados por el destierro: José Martí y Julián del Casal. El destierro de Martí no sólo sería un factor determinante en su formación política, sino también un importante elemento de tensión entre su vocación literaria y su sentido del deber entendido como unción a una tarea trascendente: sería el paridor, el dador de la patria. Por oposición, Casal vino a representar el evadido, retirado a su torre de marfil. Esto explica la lectura que muchos críticos, investigadores y académicos han hecho (dentro y fuera de la isla) de su obra, situándolo en los antipodas de Martí, lo cual ni es cierto, ni es justo. Hay entre los dos obvias diferencias que han sido destacadas en detrimento de lo esencial: el ser ambos también las dos caras de una misma moneda: la cubanidad. [...] Lo que a nuestro juicio diferencia en su sentido más radical las escrituras de Martí y de Casal de las de los demás poetas modernistas (y de Darío, en primer lugar), es que en aquéllos el discurso literario se erige como diseño de la identidad nacional, de lo cubano. Esto explica por qué la apreciación del legado tanto de Martí como de Casal, ha dependido frecuentemente del pesaje de su cubanidad.¹⁹

El inicio del discurso identitario cubano se debe a ambos autores. Martí no cae en la tentación de descalificar a Casal por haberse quedado en Cuba y rompe la distancia que separa a los cubanos de la isla con los cubanos del destierro. Según Morán, Martí comparte con Casal, “la cubanía de la dispersión y de la fragmentación; el desasosiego de vivir, ‘¡sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de nuestro pueblo propio!’”. Es por ello que Martí y Casal representan el ingreso de Cuba a la modernidad, a esa modernidad que en el contexto de la historia cubana, significó el sometimiento de la patria recién independizada al poderío estadounidense, el mismo que también se asentó en Puerto Rico y condenó la vida en las islas de nuevo a la insularidad y el aislamiento, a la búsqueda en soledad del autoconocimiento: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.”²⁰

Martí se sobrepone a los límites insulares y busca la salida continental. La invención unitaria está presente en sus textos. Martí y Pedreira coinciden: conocerse primero para ser. El primero parte –quizá de la distancia impuesta por el exilio y el destierro– de un sentimiento unitario liberador de “nuestra América”, en el que hace evidente la conjunción entre el ensayo político y su quehacer literario. En tanto que Pedreira duda –quizá por la distancia que lo separa de Martí–, aunque no elimina la posibilidad de pensar en un esfuerzo creativo, que superara los fracasos políticos unitarios que desde los tiempos de Martí se habían venido intentando,

¹⁹ Morán, “Modernismo”, 2000.

²⁰ Martí, “Nuestra”, 1972, p. 308.

Victor Patricio de Landaluz, *Epiphany Day in Havana*.

para desembocar en un arte antillano que sincronice

[...] el movimiento espiritual de las Antillas mayores, y me parece que lo primero es saber qué cosa es Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Para utilizar el acento integral, de conjunto, hay primero que definir el acento particular de las tres islas; una vez aclarado el tono y la dimensión de cada pueblo, buscar entonces la síntesis expresiva del triángulo antillano.²¹

En Palés y Guillén encontramos sin duda, parte de la síntesis expresiva de esta antillanía. Ambos poetas representan parte importante de los movimientos afrocaribeños. Las islas trampa. Las islas prisión. Las islas rodeadas por murallas marinas se verán de alguna manera reivindicadas mediante sus cadencias poéticas.

POETAS DE LAS ISLAS DE BETÚN

La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos; alimento maldito. Aísla, une. Invitación al viaje; regreso a la tierra natal...

Octavio Paz²²

Nicolás Guillén en Cuba y Luis Palés Matos en Puerto Rico, han sido considerados los introductores de las cadencias, el ima-

ginario y la respiración de la cultura africana negra de las Antillas en la poesía hispanoamericana, y que ha dado continuidad cultural a la búsqueda de lo que Palés Matos denominó "las islas de betún".

La negritud encontró en el aislamiento insular caribeño una de las claves para su permanencia, misma que no se expresó de manera formalmente reconocida sino hasta que ambos poetas la incorporaron en sus creaciones, autores ejemplares que permitirán dibujar desde la creación poética, una posibilidad de interpretación de algunas de las representaciones que los imaginarios simbólicos han construido para interpretar al complejo insular afroantillano desde la profundidad del mestizaje y la negritud.

Guillén y Palés fueron testigos, junto con muchos otros intelectuales de las islas que formaron parte de una de las más notables generaciones de intelectuales y artistas de los años veinte, del sometimiento de todo el Caribe a la

[...] alianza nada santa entre el capital estadounidense y las dictaduras locales. [...] La amenaza estadounidense provocó un resurgir españolista en Cuba, donde la rehabilitación de Góngora también fue especialmente entusiástica, pero el afrocubanismo era el hilo conductor en la cultura de los años veinte, desde la labor etnológica precursora de Fernando Ortiz, hasta el poema de Taller "La rumba", la "Canción para dormir a un negro" de Ballagas y culminando con Nicolás Guillén, cuyas obras *Motivos del son* (1930), *Sóngoro Cosongo* (1931) y *West Indies Ltd.* (1934), fueron clásicos del género, en los que temas y ritmos negros se combinaron con un matiz hispánico que recordaba el *Romancero gitano* de Lorca, todo ello

²¹ *Ibid.*, p. 60.

²² Paz, "Poesía", 1990.

sostenido por un antimperialismo militante. La primera obra notable de Carpentier, *Ecue-Yamba-O* (1933), era también una exploración de la cultura negra. Exceptuando a Guillén, la mayoría de los autores de la literatura "negra" eran blancos, incluyendo al puertorriqueño Luis Palés Matos (1898-1959).²³

Quizá sea en la poesía donde con mayor claridad se ha explorado el carácter insular de Cuba y Puerto Rico. Si convenimos con Octavio Paz en que la poesía es ante todo la expresión de lo vivido, tomaré como válida una exploración desde la poesía en el sentido paciano de "interrogar a los testimonios directos de la experiencia poética".²⁴ Guillén y Palés tienen en común el ser insulares y antillanos. Proviene de una misma matriz cultural y de la búsqueda de la antillanía, en un contexto en que sus islas estaban siendo sometidas de nuevo a los embates del colonialismo que impedía el proceso de constitución de las naciones antillanas.

Las islas de betún, son también islas de Babel. La continuidad dada por la homogeneidad cultural proveniente de la lengua, me permiten penetrar en el universo poético de Guillén y Palés, quienes comparten también el haber explorado la inclusión de lo africano en la creación literaria antillana. En ambos están presentes además de la negritud y la búsqueda de la esencia antillana, la crítica a la creciente hegemonía del poderío estadounidense sobre las islas, la musicalidad y la cadencia resultantes del inmenso universo mestizo que las caracteriza.

Palés nació en Guayama, Puerto Rico en 1898. Guillén en Camaguey, Cuba, en 1902. En las creaciones poéticas de ambos autores es posible percibir las imágenes insulares, aisladas y aislantes. Las islas derramadas en la frágil topografía caribeña aparecen lo mismo en medio de una extensión ilimitada o desdibujada por el mar que encerradas en un paisaje que favorece su inaccesibilidad.

El vasto y complejo universo de etnias, lenguas, religiones y culturas que constituyó lo que conocemos como Caribe, fue representado por uno y otro, a través de formas y lenguajes poéticos distintos, pero con la misma fuerza que permite entender la mítica naturaleza antillana y las dificultades inherentes a la vida insular.²⁵

Cuando en "Sic ego" Palés escribe *Yo soy un amplio personaje/Oculto cien remotas vidas/en mis cien lenguas, escondidas,/permanezco ensimismado sufriendo tanta confusión*, borda sobre los orígenes de su propia insularidad y se sumerge en ella. El ensimismamiento e insularidad son equivalentes. La búsqueda de la propia identidad no resulta de la ínsula. Se requiere, se exige a sí mismo delinear una suerte de universalidad. A final de cuentas, la isla en tanto que constructo, es resultado de la aventura colectiva que lo enfrenta con la inmensa diversidad que le rodea y atemoriza, esa que aparece alegre y deforme a la vez: *Entonces me imagino enorme.../Más ¡ay! la falta de armonía/me empuja, unánime, a creer,/que es una enormidad deformel/la escandalosa algarabía/que canta dentro de mi ser;/quiero estre-*

²³ Bethell, *Historia*, 1991, pp. 216-217.

²⁴ Paz, "Poesía", 1990, pp. 13-14.

²⁵ La selección de poemas que sigue, se realizó con base en la consulta de las obras: Palés Matos, *Obras*, 1984, tomos I y II, y Guillén, *Obras*, 1972 y 1973, tomos I, II, III y IV.

llar mi pobre nao,/y difundirme, como un vahal dentro del Alma Universal.

El “Caribe” de Nicolás Guillén, sale de la zoología fantástica con la que las islas antillanas han sido identificadas desde la profundidad de su historia, *En el acuario del gran Zoo/nada el Caribe. Este animal/marítimo y enigmático,/tiene una cresta de cristal,/el lomo azul, la cola verde,/vientre de compacto coral,/grises aletas de ciclón. Lenta y silenciosamente, Guillén ve la ruptura de la insularidad en la fuerza de un pueblo que está por dar una gran batalla que se representa en esta advertencia: En el acuario, esta inscripción: “Cuidado: muere”.*

Los mitos fundadores no tienen por origen solamente la conservación de una memoria común, sino también la imperiosa necesidad de inventar en el sentido etimológico, un pasado ejemplar que garantice el presente y confirme el futuro. La isla, esa “maldita circunstancia del agua por todas partes”, toma forma en Palés con “La canción de mar”. *Dadme esa esponja y tendré el mar.* Palés mezcla los orígenes y la reconquista del espacio insular: la isla, esa esponja que absorbe las influencias culturales venidas de todas partes, ese mar cuyo universo simbólico se representa en esta creación poética. *Ved el tifón oblicuo y amarillo de China,/con su farolería de relámpagos/colándose a la vela de los juncos./Allá el monzón, a la indostana,/el lluvioso cabello perfumado de sándalo/y el yatagán del rayo entre los dientes,/arroja sus eléctricas bengalas/ contra el lujoso paquebote/que riega por las playas de incienso y cinamomo/la peste anglosajona del turismo./Dadme esa esponja y tendré el mar.*

El mar, ese universo inasible está siempre presente en la poética insular. Mar prisión, mar de lejos, mar que aísla, destierro marino, novísimo camino en la

búsqueda del ser antillano. Guillén y “El Mar”: *Ahora/está inédito,/sin estrenar,/el Mar.*

Las islas mulatas de Palés habitan en el mar nuevo de Guillén: *Eres ahora, mulata,/todo el mar y la tierra de mis islas. ¡Antillas, mis Antillas!/Sobre el mar de Colón aupadas todas/sobre el Caribe mar, todas unidas,/Soñando, padeciendo y forcejeando/ contra pestes, ciclones y codicias,/y muriéndose un poco por la noche,/y otra vez a la aurora redivivas,/porque eres tú, mulata de los trópicos.* Cuánto esfuerzo se requiere para vivir sobre un pedazo de tierra que no se asimila a otro. Las islas, todas ellas pedazos de tierra montadas sobre un mar infinito, comparten la angustia de su vulnerabilidad.

En las marinas aguas de las Antillas desnudas, el mar destroza interminables olas de estrellas a sus pies. Con “Palabras en el trópico”, Guillén nos recuerda que el calor adormece el escándalo mulato de la vida insular: *Trópico, tu dura hogueral tuesta las nubes altas/y el cielo profundo ceñido por el arco del Mediodía./Tú secas en la piel de los árboles/la angustia del lagarto./Tú engrasas las ruedas de los vientos/ para asustar a las palmeras./Te veo venir por los caminos ardorosos,/Trópico,/con tu cesta de mangos,/tus cañas limosneras/y tus caimitos, morados como el sexo de las negras./Te debo el cuerpo oscuro,/las piernas ágiles y la cabeza crespa,/mi amor hacia las hembras elementales/y esta sangre imborrable.*

Vivir la isla, vivir en la isla, ver la vida pasar por la isla, requiere de un asidero bien firme en la tierra. Las tierras insulares no parecen fértiles, *Estériles y madrastras,* obligan a sus hijos al destierro y cuando no, los atemorizan, asfixian, encierran, atrapan. En la sal, la aridez y el cansancio de toda una vida vivida en la insularidad, esa que produce la tristeza que proviene

Edouard Pingret, *Jarocho de la costa*.

de los deseos apagados... de ¿salir?... leamos la insularidad en la "Topografía" de Palés: *Esta es la tierra estéril y madrastra/en donde brota el cacto./Salitral blanquecino que atraviesa/roto de sed el pájaro;/con marismas resacas espaciadas/a extensos intervalos,/y un cielo fijo, inalterable y mudo/cubriendo todo el ámbito./Miedo. Desolación. Asfixia. Todo/duerme aquí sofocado/bajo la línea muerta que recorta/el ras rígido y firme de los campos./Algunas cabras amarillas medran/en el rastrojo escaso,/y en la distancia un buey rumia su sueño/turbio de soledad y de cansancio./Esta es la tierra estéril y madrastra.*

En las "West Indies Ltd.", las Antillas de Nicolás Guillén se asemejan a las nueces de coco, ocultas tras el humo del tabaco y bañadas de aguardiente, en las islas vive un oscuro pueblo sonriente y sometido: *Éste es un oscuro pueblo sonriente,/conservador y liberal,/ganadero y azucarero,/donde a veces corre mucho dinero,/pero donde siempre se vive muy mal./El sol achicharra aquí todas las cosas,/desde el cerebro hasta las rosas.*

Habla desde la profundidad del mestizaje y lo reivindica: *Aquí hay blancos y negros y chinos y mulatos./Desde luego, se trata de colores baratos,/pues a través de tratos y contratos/se han corrido los tintes y no hay un tono estable./*(El que piense otra cosa que avance un paso y hable). Pero también habla desde la profundidad de las diferencias sociales: *Hay aquí todo eso, y hay partidos políticos,/y oradores que dicen: "En estos momentos críticos..."*(Hay bancos y banqueros,/legisladores y bolsistas,/abogados y periodistas,/médicos y porteros./¿Qué nos puede faltar?/Y aun lo que nos faltare lo mandaríamos buscar./; West Indies! Nueces de coco, tabaco y aguardiente./Éste es un oscuro pueblo sonriente. Que vive sometido a una historia que terminó por convertir a las islas en depositarias ideales para albergar un palmar. En tono irónico,

Guillén protesta por el destino que las convierte en refugio para turistas: *¡Ah, tierra insular!;/Ah, tierra estrecha!;/¿No es cierto que parece hecha/sólo para poner un palmar?/tierra en la ruta del "Orinoco",/lo de otro barco excursionista,/repleto de gente sin un artista/y sin un loco;/puertos donde el que regresa de Tabatí,/de Afganistán o de Seúl,/viene a comerse el cielo azul,/regándolo con Bacardí;/puertos que hablan un inglés/que empieza en yes y acaba en yes./Este es un oscuro pueblo sonriente.*

En "Plena del Menéalo", la antillanía de Palés baila movida por el huracán. Pobres islas encerradas y amenazadas por las fuerzas de la naturaleza y de la ambición. Escandalosas y pacíficas, las Antillas se menean entre la amenaza huracanada y la amenaza extranjera. Para defenderse nada mejor que bailar al ritmo de las cadencias de la lengua insular, lengua mestiza, cadencia y ritmo de una cultura que no muere a pesar del bochinche del viento y del agua, a pesar del ron que se riega sobre arenas y cuerpos. Cogida, robada, la isla se resiste y emprende en la poesía de Palés un viaje hacia el reconocimiento, que es al mismo tiempo un canto a la búsqueda de un futuro independiente: *Bochinche de viento y agua.../sobre el mar/está la Antilla bailando/—de aquí payá, de ayá pacá,/menéalo, menéalo—/en el huracán./Le chorrea la melaza/bajo su faldón de cañas;/tiemblan en goce rumbero/sus pechos de cocoteros,/y vibrante cotelera,/de aquí payá las caderas/preparan el ponche fiero/de ron con murta y yerbiya/para el gaznate extranjero./; Ay, que se quema mi Antilla!;/; Ay mulata, que me muero!;/Dale a la popa, chiquilla,/Mientras bailas, no hay quien pueda/cambiarte el alma y la sal./Ni agapitos por aquí,/ni misteres por allá./Dale a la popa, mulata,/proyecta en la eternidad/ese trumbo de caderas/que es ráfaga de*

*buracán,/y menéalo, menéalo,/de aquí payá,
de ayá pacá,/menéalo, menéalo,/;para que rabie
el Tío Sam!*

La isla es también muralla, esa en la que todas las aguas revientan, expelen, aguardan. “La muralla” de Guillén se construye desde el mestizaje y la negritud, se abre y se cierra para preservar en la isla, la esencia de un pueblo que debe aprender a defenderse: *Para hacer esta muralla,/tráiganme todas las manos:/Los negros, su manos negras,/los blancos, sus blancas manos./Ay, una muralla que vaya/desde la playa hasta el monte,/desde el monte hasta la playa, bien,/allá sobre el horizonte./Al corazón del amigo,/abre la muralla;/al veneno y al puñal,/cierra la muralla;/al mirto y la hierbabuena,/abre la muralla;/al diente de la serpiente,/cierra la muralla;/al ruiseñor en la flor,/abre la muralla...*

La insularidad, esa terrible circunstancia del agua por todas partes, encuentra un nicho perfectamente elaborado en lo que considero las dos creaciones poéticas insulares más importantes de ambos creadores: “El llamado” de Palés y “Mi patria es dulce por fuera”, de Guillén. Palés percibe en “El llamado” la inmensa soledad que sufre su tierra insular. Ya no es ella misma, una y otra vez despojada se desdibuja en el tiempo y la distancia. ¡Qué insularidad tan insulada!: *Estoy frente a la mar y en lontananza/se va perdiendo el ala de una vela;/va yéndose, esfumándose,/y yo también me voy borrando en ella./Y cuando al fin retorno/por un leve resquicio de conciencia,/;cuán lejos ya me encuentro de mí mismo!/;qué mundo más extraño me rodea!/Me llaman desde allá.../Mi nave aparejada está dispuesta,/a su redor, en grumos de silencio,/sordamente coagula la tiniebla./Un mar buco, sin peces,/agua vacía y negra/sin vena de*

fulgor que la penetre/ni pisada de brisa que la mueva./Fondo inmóvil de sombra,/límite gris de piedra.../;Oh soledad, que a fuerza de andar sola/ se siente de sí misma compañera!

“La patria dulce por fuera” de Guillén, sufre por dentro la inmensa soledad de no ser ella misma. Qué difícil ha sido para la antillana asirse a ese pedazo de tierra que flota en el mar, ese que separa el futuro y la esperanza de una patria-promesa: *Mi patria es dulce por fuera,/y muy amarga por dentro;/mi patria es dulce por fuera,/con su verde primavera,/con su verde primavera,/y un sol de biel en el centro./;Qué cielo de azul llamado/mira impasible tu duelo!/;Qué cielo de azul llamado,/ay, Cuba, el que Dios te ha dado,/ay, Cuba, el que Dios te ha dado,/con ser tan azul tu cielo!/ Ay, Cuba, si te dijera,/yo que te conozco tanto,/ay, Cuba, si te dijera,/que es de sangre tu palmera,/que es de sangre tu palmera,/y que tu mar es de llanto!/Bajo tu risa ligera,/yo, que te conozco tanto,/miro la sangre y el llanto,/bajo tu risa ligera./Hoy yanqui, ayer española,/sí, señor,/la tierra que nos tocó/siempre el pobre la encontró/si hoy yanqui, ayer española,/;cómo no!/;Qué sola la tierra sola,/la tierra que nos tocó!*

En el Caribe, escribió el músico cubano Elíades Ochoa “se vive como se escribe, se escribe como se vive”. La fuerza poética de los textos de Palés y Guillén ilustró con tremenda claridad y todavía con esperanza, algunos de los aspectos más relevantes de la vida insular. Desde entonces, la isla que se repite en la poética antillana, nos remite una y otra vez al carácter insular de los grandes y pequeños territorios que habitan el mar Caribe. La insularidad es al mismo tiempo, una condición geográfica y un estado de ánimo que proviene del agua que como circunstancia terrible, nos rodea por todas partes.

La dicha de vivir en la isla se ve amenazada por la persistencia del horizonte. El problema con la vida en las islas, es que nunca se sabe si hay algo más allá del horizonte. ¿Existirá la tierra firme? ¿Qué habrá más allá del horizonte?

La tradición poética inaugurada por Palés y Guillén, no sólo aportó —como suelen decir los estudios acerca de las letras afrocaribeñas—, las cadencias, el imaginario y la respiración de la cultura africana negra de las Antillas, sino que contribuyeron mediante la imaginación poética a crear parte de los imaginarios simbólicos con que se interpreta al complejo insular afroantillano. La insularidad como condición geográfica, como estado de ánimo, como identidad, está presente en la poesía de ambos creadores, quienes en un hipotético diálogo poético bien podrían haber cantado así:

¡Qué sola la tierra sola
 la tierra que nos tocó!
 ¡Oh soledad, que a fuerza de andar sola
 se siente de sí misma compañera!

La Paz, Baja California Sur,
 agosto del 2002.

BIBLIOGRAFÍA

-Augé, Marc, "De lo imaginario a lo 'ficcional total'", *Memorias del Congreso Internacional Cultura y Globalización*, México, 2000.

-Benítez, José A., *Las antillas: colonización, azúcar e imperialismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1976.

-Bethell, Leslie (coord.), *Historia de América Latina. América Latina: cultura y sociedad, 1830-*

1930, Cambridge University Press/Ed. Crítica, Barcelona, 1991, t. 8.

-Braudel, Fernand, *Las civilizaciones actuales*, Tecnos, Madrid, 1975.

-Fernández Herrero, Beatriz, *La utopía de la aventura americana*, Anthropos, Barcelona, 1994.

-García Márquez, Gabriel, "Fantasía y creación en América Latina y el Caribe" en Pablo González Casanova (coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, Siglo XXI/IIIS/UNU, México, 1995.

-Giménez, Gilberto, "Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional", *Culturas Contemporáneas*, vol. vi, núm. 18, 1994, México, pp. 164-175.

-Guillén, Nicolás, *Obras completas*, tomo I, *Poesía*, tomo II, *Poesía*, tomo III y IV, *Prosa*, Ed. Instituto del Libro, La Habana, 1973 y 1974 (Col. Letras Cubanas).

-Martí, José, "Nuestra América" en *Antología mínima*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

-Moran Lull, Francisco, "La generación de los 80: un destino entre las ruinas" en línea <http://www.tulane.edu/~spanport/SOUTH/II/moran.html>, 22 de enero de 2001.

-Morán, Francisco, "Modernismo e identidad en Julián del Casal y José Martí: Cuba en la encrucijada finisecular", *La Habana Elegante*, 2000 en línea <http://www.habanaelegante.com>

-Palés Matos, Luis, *Obras, 1914-1959*, tomo I, *Poesía*, tomo II, *Prosa*, Ed. Hardcover/Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1984.

-Paz, Octavio, "Poesía y poema" en *El arco y la lira*, FCE, México, 1990, pp. 13-14.

-Piñera, Virgilio, *La isla en peso*, Tusquets, Barcelona, 2000.

-Pedreira, S. Antonio, *Insularismo*, Ed. Edil, Puerto Rico, 1968.

-Todоров, Tzvetan, *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987.